

TERRITORIOS  
SONÁMBULOS

*Colección Narrativas Oblicuas*

# TERRITORIOS SONÁMBULOS

Alberto Trinidad

obvcuas.  
ediciones

**© Los territorios recobrados (2016-2019)**

**(Una *trilogía* de cuatro novelas autónomas, que se remiten entre sí, compuesta por *Territorios inhóspitos*, *Territorios sonámbulos*, *Asterisco de mar y alga sobre las rocas* y *Noche etcétera*)**

**Si deseas más información sobre estas u otras obras del autor, puedes escribirle aquí: [alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com](mailto:alberto.trinidad@edicionesoblicuas.com)**

© 2023, Alberto Trinidad

© 2023, Ediciones Oblicuas

[info@edicionesoblicuas.com](mailto:info@edicionesoblicuas.com)

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

Primera edición: 2023

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Ilustración de portada: Héctor Gomila

Imprime: ULZAMA

ISBN: 978-84-19246-72-1

Depósito legal: B-1718-2023

ISBN Ebook: 978-84-19246-73-8

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/Lluís Companys nº 3, 3º 2ª.

08870 Sitges (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

¿Estaré realmente volviéndome loco?...

—¿Me escucha, señor Almada?

Oigo la voz que me habla. ¿Qué más oigo? Un zumbido a lo lejos, o tal vez muy en mi interior, en el fondo, el murmullo de un río que avanza, tan quieto. ¿Qué digo? Está oscuro. Abro los ojos, y veo.

—¿Señor Almada? Míreme a los ojos, fije su atención en ellos.

A los ojos.

—Señor Almada, ¿entiende lo que estoy diciéndole? Mueva la cabeza en un gesto afirmativo si es así.

Muevo la cabeza en un gesto afirmativo. Parpadeo. Entonces siento que despierto; entonces, cuando he abierto los ojos, cuando he movido la cabeza respondiendo a la pregunta de la voz que me habla, un poco antes, un poco después, que despierto.

Que despierto en no sé qué habitación antigua: soy un niño, tengo sueño y no quiero ir al colegio. O en aquella otra habitación, más grande, en la que macero los sueños de la noche para enfrentarme con valor a un nuevo día... en el instituto.

—Mire fijamente a la luz. —La voz. Miro la luz del puntero que se me clava en la pupila—. ¿Está mejor, puede hablar?

¿Puedo hablar?

Sí, digo; digo que sí y mi propia voz suena como un viscoso insecto revoloteando sobre una ciénaga.

—Perfecto. ¿Sabe dónde está?

Oigo un zumbido, el hombre que tengo frente a mí lleva una bata blanca. Estoy tumbado en una cama y comienzo a sentir, como si lo recordara de repente, un dolor moderadamente intenso en el hombro izquierdo. Estoy en un hospital, digo como si adivinara un acertijo.

—Así es, yo soy el doctor Solís. Ha tenido un accidente y ha sufrido un fuerte traumatismo craneoencefálico. Pero no se preocupe, ninguna zona vital ha resultado dañada. Se ha roto la clavícula y tiene contusionados varios huesos. Nada de gravedad. ¿Comprende lo que le digo?

Siento un murmullo que arrastra algo dentro de mí, hacia no se sabe dónde. Estoy en un hospital, murmuro, un accidente.

—¿Recuerda algo del accidente?

Contesto que no. Parpadeo, pero no con los ojos. Me imagino despertando, aunque no atino a reconocer la habitación en la que estoy. Quién me espera al otro lado de la puerta, al otro lado de esta madrugada que se convierte en amanecer. Me veo de pie, de noche, frente a la cristalera enorme de un salón,

mirando al infinito del horizonte de hormigón de la ciudad, llorando no sé qué pérdida.

—¿Recuerda su nombre?

Mi nombre... Mi vida. «¿Me escucha, señor Almada?». Almada, Sergio Almada, digo.

—Muy bien, ¿sabe en qué año estamos?

De qué día, de qué mes. No, digo, pero de pronto digo 2017, y me entra una risa tonta que retumba en mi cabeza provocándome un fuerte dolor.

—Hoy es 1 de mayo de 2021, señor Almada. Lleva aquí desde hace tres días. No se agobie si no recuerda según qué cosas, es normal sufrir un periodo de pérdida de memoria después de un impacto como el que ha tenido. Aun así, debo motivarle a recordar cosas de su vida: ¿sabe la edad que tiene?

Soy joven, pienso. Pienso de repente en mi rostro, en cómo es mi rostro, y me río, esta vez en silencio. Soy joven, le digo al doctor. Y este esboza una sonrisa. Tengo treinta años, susurro.

—Treinta y tres.

Treinta y tres, eso es. Nada más el doctor Solís lo ha pronunciado me resulta evidente. Tengo treinta y tres años en el día de hoy.

—Iba conduciendo una bicicleta —dice—, de camino al trabajo, y fue embestido por un automóvil. A la velocidad que llevaban es casi un milagro que esté usted aquí, así que puede sentirse afortunado. ¿Recuerda su trabajo, su bicicleta?

A medida que el doctor describe acontecimientos de mi vida, estos parecen materializarse en mi memoria, aunque de manera fragmentada, exactamente a la inversa de la sensación que uno tiene cuando despierta y ve desvanecerse los recuerdos del sueño recién abandonado.

Tengo una bicicleta, y me desplazo habitualmente en ella, ahora mismo puedo verla con todo lujo de detalles en la pantalla de mi mente. Y así se lo digo al doctor Solís. Tengo una bicicleta, roja y negra, que me lleva de un sitio a otro. Pero no recuerdo dónde trabajo.

—¿Dónde trabajo? —digo. Y por primera vez siento que mi voz es una voz de verdad. ¿Y dónde vivo?

—Haga un esfuerzo, Sergio, intente recordarse a sí mismo realizando actividades cotidianas en su puesto de trabajo, en su hogar, piense en su comida favorita, en cómo la cocina, en aquello que le gusta hacer a última hora de la tarde...

Sergio Almada, susurro dentro de mí, como si estuviera observando el plácido transcurrir del río que remonta la colina, ese murmullo que lo lleva permanentemente a sí mismo, de esa manera me pronuncio mi nombre y me veo frente a una pantalla de ordenador, escribiendo, sentado en la terraza de mi casa contemplando el infernal espectáculo de los rojos y malvas de un crepúsculo en su máximo punto de ebullición. Y me veo en el interior de una oficina, de varias oficinas de diferentes tamaños y disposiciones, al lado de distintas personas cuyos rostros me resultan indiferentes.

—Trabajo en una oficina —digo. Se lo digo al doctor Solís. Como si así cimentara las vagarosas estructuras de la realidad que se me tambalea.

—Trabaja en una oficina —dice. No sé si antes o después de que lo haya yo pronunciado, ya con mi voz de hombre, de estar aquí, otra vez aquí. He despertado. Tengo sueño.

—Hay muchas personas que han venido a verle durante estos días, Sergio, creo que ha llegado el momento de que comience a recibir visitas y hable con sus allegados. Eso le ayudará a recordar.